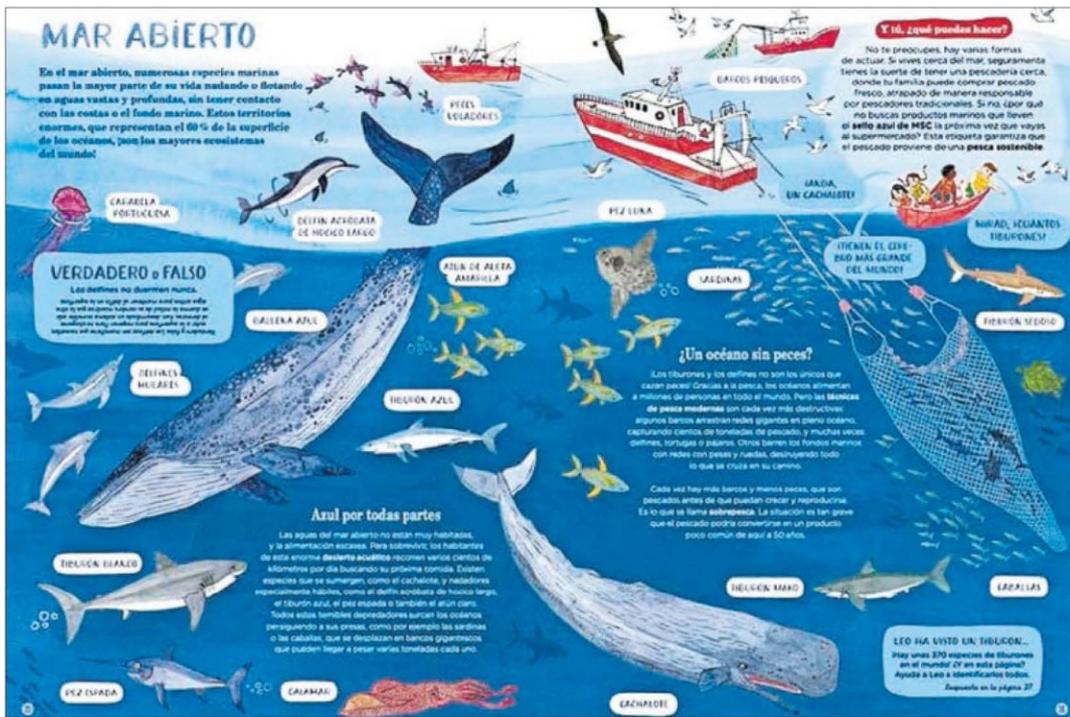


15 Noviembre, 2023



Doble página de *Océanos... y cómo salvarlos*.

Una oleada de libros infantiles y juveniles se centra en fomentar la preocupación por el medio ambiente y el amor hacia la naturaleza

Lecturas para salvar el planeta

TOMMASO KOCH, **Madrid**
La lógica de los niños, a veces, resulta incomprensible. Tanto como para encontrar un escondite seguro detrás de sus manos. O hacerse amigos de un caracol de peluche. Y, sin embargo, ni la ocurrencia infantil más absurda supera lo que están haciendo los adultos, presuntos maestros de racionalidad, con el planeta. ¿Quién destruiría la única casa que tiene? Hasta el más pequeño lo entiende. Por lo menos, los miniactivistas ahora tienen una solución fácil para alertar y sensibilizar a sus familias o amigos: basta con acompañarlos a una librería. Desde hace un tiempo, prácticamente cada editorial infantil y juvenil tiene al menos una obra en su catálogo centrada en el cuidado de los ecosistemas, el amor por los animales o los árboles. Libros de todos los formatos, estilos y planteamientos. Tan variados como la Tierra a la que animan a defender.

“Son temas cruciales para nuestro futuro y me alivia que la literatura para los más jóvenes esté tomando conciencia de ello”, reflexiona Giuseppe Festa, autor de la novela *El paso del oso* (Duomo). “No es obvio que suceda, a veces apartamos en una esquina los asuntos más incómodos. Solo espero que no sea una moda pasajera”. “No recuerdo leer nada sobre cambio climático cuando era una niña, y ya sabíamos que estaba sucediendo”, apunta Amandine Thomas, responsable de obras ilustradas y didácticas como *Océanos... y cómo salvarlos* o *Bosques... y cómo protegerlos* (ambos en



Detalle de la portada de *Global*.

Errata Naturae). “Sin duda, el número de publicaciones ha aumentado en estos años”.

El primero de los libros de Thomas se editó en 2019, poco antes de que Greta Thunberg pronunciara su reproche tal vez más célebre e indignado a los líderes globales en la sede de la ONU por no cuidar el planeta. “¿Cómo os atrevéis?”, les espetó. A saber si entre los muchachos que desde hace años se manifiestan en las calles de decenas de ciudades, bajo el lema “Fridays for Future” (viernes por el futuro), algunos han leído los libros de Amandine Thomas. Pero lo cierto es que la escritora incluye entre sus dibujos invitaciones a la acción, aunque solo sea apagar la luz en casa.

“Quería que mis obras invitaran a actuar”, señala Amandine Thomas

“No basta con leer sobre naturaleza, hay que vivirla”, apunta Giuseppe Festa

En el fondo, la mayoría de estos libros parece buscar algún impacto. El disfrute literario, por supuesto. Pero también una semilla en las mentes del futuro. Y, a ser posible, un granito de arena contra la contaminación. Hay lectores de Hannah Gold que han pasado de adorar *El último oso* (Duomo) a adoptar uno en la realidad, o escribir al diputado de su área para solicitar una ley contra los plásticos de un solo uso. “Incluso si mis libros solo abren el más mínimo camino para aprender a apreciar el medio ambiente, ya sería genial”, apunta la británica. Y Festa considera estupendo el simple hecho de que tal vez sus palabras escritas alejen a más de uno del móvil, pero insta a dar al menos un paso más: “Leer de naturaleza no basta. Hay que vivirla”.

Volúmenes gigantes como *El gran libro del agua* (de Sarah Garré, Combel) o *Arboretum* (de Katie Scott, en Impedimenta); otros capaces de contener una selva entera (*Pop-up Bosque*, de Fleur Dautery, Tom Vaillant y Bernard Dussit, en Edelvives) o incluso un viaje de 360° hacia el polo Sur (*Explora la Antártida*, de Tania Medvedeva y María Vyshinskaya, en Zahorí); obras para pequeñisimos, como los paseos naturales que plantea la serie de Emiri Hayashi (en SM), o una guía práctica para acampar como *Manual de supervivencia* (Colin Towell, en Blume); páginas repletas de imágenes, pero también información y curiosidades, como *200 preguntas y respuestas sobre animales* (Cristina Banfi y Lorenzo Sabbatini, en Écomi), y otras donde lápices y colo-

res dominan sobre el texto, como *Global* (de Eoin Colfer, Andrew Donkin y Giovanni Rigano, en Alianza); hay incluso quien ha viajado a una distopía donde el mar ha engullido la tierra (*Litorales conquistados*, de Pasqual Ferry y Christopher Cantwell, en Panini) o ha sumergido ciudades y esperanzas en *Post York* (de James Romberger, en Planeta Cómico).

Para todos los gustos

Hay, literalmente, para todos los gustos. “Hasta los negacionistas del cambio climático en mi propia familia ya no tienen nada en que apoyarse”, remata Amandine Thomas. Aunque la autora francesa confiesa que hay un lector que le importa más que cualquier otro: “Desde que tengo una hija, la urgencia me preocupa más. No quiero que me pregunte: ‘¿Qué hiciste para ayudar?’ y no tener respuesta”. Aunque, mucho antes, fue la propia naturaleza la que enamoró a Thomas hasta el punto de volcarase en defenderla: nada más mudarse a Australia, descubrió sus tierras salvajes. Y sintió, dice, “una conexión” como nunca antes. Parecida, de alguna manera, a la mirada que Festa intercambiaba con un oso en el Parque Nacional de los Abruzos, que aún recuerda y puso en marcha su novela. O el asombro que Gold sintió al encontrarse por primera vez, en México, con el colosal cetáceo que luego narraría en *La ballena perdida* (Duomo).

Su pasión por el medioambiente queda clara. Otra cosa, sin embargo, es cómo transmitirla a los demás. Hay títulos que lo dicen todo, como *Ya soy mayor y puedo salvar el planeta* (Loll Kirby y Adelina Lirius, en Astronave) o *Paremos la invasión* (Raül Hurtado, José Ibáñez y Claudia Mosquera, en Andana), y soluciones mucho más metafóricas, como *El último árbol* (de Luke Adam Hawker, en Blume) o *La chica alce* (de Malin Klingenberg, en Errata Naturae). Los tres entrevistados coinciden en lo hiperproteger a sus lectores y respetar su inteligencia. “Quería que los libros fueran esperanzadores y entretenidos, pero también una invitación para buscar más a fondo, para actuar. Y era importante comunicar sin eufemismos”, destaca Thomas. “Los niños son tan listos que pueden detectar desde kilómetros cuándo se les está sermoneando. El arte consiste en salpicar con algún elemento fáctico para que parezca parte de la propia narración”, agrega Gold.

Festa añade otra convicción: “Es un error promover un cambio asustando a los chicos. Se obtendrá el efecto contrario. En lugar de un personaje que recuerde que la deforestación aumenta el calentamiento global, mucho mejor un protagonista que adore trepar por los árboles por diversión”. Habla, al fin y al cabo, por experiencia personal. Cuando, de pequeño, dejaba la caótica Milán para visitar el pueblo de sus abuelos, se reencontraba también con un viejo cedro. Los chiquillos que jugaban en la aldea hasta le habían dado un nombre: Piantone. “Si alguien hubiera intentado derribarlo, habríamos luchado con uñas y dientes. Y no porque comiera dióxido de carbono, sino porque lo consideráramos uno de nosotros”, recuerda Festa.